Traducción de José Rafael Cataño

# Corrientes actuales del espíritu en Rusia

Sergej Averince

Con gran esfuerzo y cometiendo innumerables tonterías, Rusia busca el camino que le permita volver de la utopía a la historia. Este camino es desagradable y está erizado de peligros. La nostalgia por las ollas de carne de Egipto, para decirlo bíblicamente, una nostalgia bien comprensible pero en modo alguno digna de alabanza, ya indujo a nuestros hermanos polacos a elegir a Kwasniewski, y todavía no sabemos cómo se va a dejar sentir en las ya inminentes elecciones del parlamento ruso.[1] No se trata sólo de inconvenientes puramente materiales que hacen sufrir. No. La desaparición de las ilusiones, y no sólo las ilusiones comunistas sino también las ilusiones de los disidentes, es causa para nosotros —las "almas bellas" de la *intelligentsia* rusa— de mucho mayor tormento que la creciente inflación. Durante todo el tiempo en que un poeta por su obra, un pensador por sus ideas, un sacerdote por sus sermones, un apóstol activo por, digamos, su búsqueda de ocasiones de enseñar la religión, tuvieron que moverse ilegalmente, arriesgándose a ser arrestados y condenados, no se presentó la pregunta por la profesionalidad y la calidad de contenido de esos poemas, de esas ideas, de esos sermones y de esas clases de religión. Y también en los casos en que la situación no iba comoquiera a ser tan grave, es decir, también cuando se trataba sólo de una amenaza limitada —pues en la era soviética se sentía más o menos amenazado todo el que se permitiera el lujo de una opinión propia, no digamos el de la fe cristiana activa—, todo momento parecía iluminado por la aureola del confesor de la fe, toda palabra que se contrapusiera a la ideología dominante parecía significar más de lo habitual. Y ahora significa sólo lo que significa y nada más.

La violenta guerra total contra toda forma, confesional o no, de religión, de mística y de espiritualidad, que se llevó a cabo sin escrúpulos por la ideología dominante en la era soviética, hizo imposible que a los intelectuales de la oposición les pareciera del todo moral la posición atea. La vuelta a la vida de los intereses religiosos aplastados no tuvo lugar en el período de la perestroika, cuando por primera vez los pudieron ver también los periodistas occidentales, sino ya en los años setenta.

Esto no quiere decir naturalmente que el pensamiento ruso existiera sólo como cristiano y, encima, coloreado de confesionalidad. El gran defensor de los derechos humanos Andrej Sacharov, por ejemplo, tenía un pensamiento más bien secularista. Claro que sentía una cierta simpatía por la idea de derecho natural pues, si negamos esa idea y aceptamos el derecho positivo, pierde casi toda lógica el impugnar, como *contrarias al derecho*, las disposiciones totalitarias —también, por ejemplo, las leyes de Nüremberg,[2] que ciertamente tienen el estatuto de derecho positivo— mientras permanezca en vida el régimen que las emanó. Digamos que a Sacharov no le era ajena una cierta idea vaga de *theologia naturalis*.

El secularismo como tal viene a la luz en el pensamiento de Leonid Batkin, político democrático y conocido especialista de la historia de las ideas en el Renacimiento italiano. Batkin no tiene miedo alguno de ser acusado de nihilismo. Subraya que la libertad secularista del pensamiento y de la acción como tal es imposible sin un "*nihil*", sin una nada postulada como fundamento en medio del ser. Por cierto, esa nada no parece muy diversa de los valores negativos, como los de la mística budista. Al mismo Batkin, ese admirador del hombre renacentista, le queda personalmente lejano todo tipo de implicaciones de mística oriental, pero en otros pensadores de la generación anterior se da el mismo tránsito del positivismo a una mística negativa cercana al budismo, como se nota, por ejemplo, en Ludwig Wittgenstein. (A propósito: entre nosotros se leía a Wittgenstein como místico cuando no se tenía idea alguna de los textos wittgensteinianos descubiertos recientemente.)

Las corrientes de la mística, que simpatiza con todas las tradiciones pero se mantiene lejos de toda confesión y religión, están representadas entre nosotros principalmente por personas de origen judío y cultura rusa, para las cuales es imposible la elección personal entre su índole judía y su índole rusa. Son personas que muestran una cálida simpatía por el

cristianismo pero sienten que bautizarse sería traicionar el judaísmo, como sucedió en el caso de Bergson y de Simone Weil. En este contexto hay que mencionar sobre todo a dos representantes de la generación anterior que, sin embargo, no contaron con ninguna posibilidad de publicar en el período soviético: el poeta Semën Lipkin y el filósofo y publicista democrático Grigorij Pomeranz. En Semën Lipkin encontramos estas líneas:

*Hay una díada indisoluble: nación–y–confesión;*
*Y ya que esto no puede ser de otra manera,*
*En la búsqueda de la verdad rechazo las cadenas*
*Y no me visto ni de talar ni de taled.*

Hay bastantes intelectuales de origen judío que abrazan la fe cristiana pero, como sienten la Iglesia Ortodoxa Rusa demasiado "rusa", es decir, ligada de un modo demasiado unívoco en esa díada *nación–y–confesión*, eligen la Iglesia Católica Romana. La lucha por el viraje a la democracia y a la economía de mercado estimula la tendencia protestante. Los intelectuales de Moscú y de San Petersburgo que han estudiado *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Max Weber, consideran a veces la religión protestante de modo instrumental, como condición de un desarrollo capitalista sano. Por su parte, los modernos semicultos que carecen de sensibilidad para las tradiciones de la cultura eclesiástica rusa o europea, pero sienten la nostalgia de la norma ética y también de la vida comunitaria, hallan la solución de sus problemas entre los baptistas o los adventistas; o también entre los mormones. Y no hay que olvidar que el protestantismo ruso tiene su propia historia, a menudo desconocida, que se remonta al siglo XIX y en parte al XVIII. La doctrina de Lev Tolstoj, que encontró gran eco entre el pueblo, fue sin duda una genuina forma rusa de protestantismo. Pero hoy tienen la preferencia las corrientes americanas del neoprotestantismo, en primer lugar por la tendencia americanista, y en segundo, porque la polémica ultratradicionalista de la fe de la Iglesia Ortodoxa Rusa sólo estigmatiza, como en otros tiempos, a los católicos y a los luteranos, y no suele tomar para nada en consideración la existencia de nuevas *denominations*.

Ahora todo es completamente diverso de como era en el período soviético. Vivir como creyente practicante no reviste ningún peligro pero, al mismo tiempo, se ha vuelto más difícil desde el punto de vista interior. En lugar de la persecución, el peligro que amenaza hoy es el del esoterismo trivial y de sectas totalmente abstrusas, algunas de las cuales han tenido causas judiciales y reciben tratamiento criminal en la legislación de varios países. En Rusia están presentes no sólo la Iglesia de la Unificación (MOON) y la de la Cientología sino también, por desgracia, la secta *Aum Shinri Kyo*, tristemente famosa por haber sido asociada a actividades criminales en Japón. En el ámbito de la Ortodoxia, el peligro está constituido por una grosera y destemplada parodia del *establishment* ortodoxo según el estilo zarista tardío. Es bien sabido que hay una lamentable tendencia al abuso de una jerga pseudopiadosa para el tema del nacionalismo y la xenofobia, a pesar de que los nacionalistas extremos rusos siguen el ejemplo nacionalsocialista y, en consecuencia, prefieren el paganismo eslavo antiguo al cristianismo, propio "de otras razas", según la fórmula "¡volvamos a los dioses nuestros!" (*vernëmtsja krodnym perunam*!). Una forma mitigada del neopaganismo romántico–nacionalista que, al menos superficialmente, parecería compatible con el cristianismo ruso–ortodoxo, es el llamado *cosmismo* ruso, que por supuesto sólo puede hallar éxito entre los intelectuales visionarios, de ideas más bien "esotéricas" o, por lo menos, intelectuales a medias. A veces este cosmismo se combina con fantasías historiosóficas coloreadas de gnosticismo, como en el fallecido Lev Gumilëv, diletante dotadísimo, hijo de la poetisa rusa Anna Achmatova y de Nikolaj Gumilëv. Por desgracia, su origen y sus vicisitudes —el haber pasado la primera parte de su vida en el GULAG staliniano y el que también después su historiosofía haya sido, por demasiado tiempo, objeto de la hostilidad de las autoridades— hacían moralmente imposible para los intelectuales rusos independientes una crítica profesional de sus visiones abstrusas y tendientes al racismo: él era una víctima, y a una víctima no se le ataca. Por eso los intelectuales de corte liberal le perdonaban muchas cosas que a otro no le habrían perdonado.

También nos llegó con retraso una clara distinción entre la bibliografía propiamente científica y la producción masiva de *best–sellers* más bien esotéricos. Paradójicamente, el cosmismo semiesotérico y, por tanto, de ninguna manera "ortodoxo", a veces ofrece una motivación para el aislacionismo confesional cuasi–ortodoxo, como por ejemplo en la discutidísima cuestión del calendario eclesiástico. Supuestamente el calendario gregoriano, asumido en occidente y en muchas iglesias ortodoxas griegas, pero no en la Iglesia Rusa, no sería suficientemente "cósmico", sería contrario a los "ritmos cósmicos". La argumentación se presenta a veces de manera refinada, un auténtico *Juego de los abalorios* para los intelectuales, pero incorrecta en su base. Y sin embargo, está en condiciones de causar consecuencias prácticas. Una señora alemana, conocida mía, que eligió la confesión ortodoxa y presta ayuda a la Iglesia Rusa, no fue admitida a la confesión y a la co-

munión en un monasterio ruso porque en el pasado había comulgado varias veces con los ortodoxos griegos, que siguen el calendario gregoriano, o sea, había comulgado con los "neocalendaristas". Este hecho deplorable no es atribuible a una supuesta ignorancia ingenua de los monjes sino, al contrario, se debió precisamente a que el abad estaba influido, por no decir "infectado", por el cosmismo cuasi–ortodoxo de los intelectuales de corte romántico. En la praxis eclesiástica el romanticismo no es inocuo, sobre todo en Rusia. Siempre muestra una inclinación a terminar en un contexto político sumamente desagradable.

Precisamente los ex–comunistas aparecen hoy con excesiva frecuencia como guardianes celosos de la ortodoxia rusa, es decir, como los propugnadores de un aislacionismo confesional que, según sus ideas y planes, habría de sustituir al aislacionismo comunista. Conozco una filóloga de San Petersburgo cuya vida profesional en un instituto fue bastante incómoda en la era soviética debido a su fidelidad a la Iglesia, por lo que los *bosses* de partido del instituto la vejaban con insistencia. Luego vino el cambio. Ella trabaja mucho para la Iglesia, para la reconstrucción de la formación religiosa, y al mismo tiempo favorece los contactos de los ortodoxos de San Petersburgo con los católicos, sobre todo con la abadía benedictina de Chevetogne, mundialmente conocida. Pero sus *bosses* de partido siguen siendo *bosses*, y uno, que todavía ayer era un comunista como todos los demás, la mandó llamar y le preguntó en tono de interrogatorio: "*¿Es usted suficientemente ortodoxa?*" Ella no es ciertamente una persona temerosa ni tiene empacho para hablar, de modo que replicó: "*¿Con qué derecho me hace esta pregunta usted, precisamente usted? ¿Está siquiera bautizado?*" Y recibió como respuesta: "*Estar bautizado no tiene ningún significado. Pero ¿es usted suficientemente ortodoxa?*"

Un general ruso, al que se le ve muy activo en política, declaraba recientemente: "*Personalmente soy ateo, por supuesto, pero el futuro político de Rusia está vinculado indisolublemente a la ortodoxia*". Era justamente así como, a principios del siglo XX, los seguidores de la ultranacionalista *Action Française*, que eran ateos, exaltaban "*la belle ordre catholique*" como un valor nacional de los franceses.

Por desgracia, esos políticos encuentran un cierto número de personas manipulables también entre las filas del clero: aquí un sacerdote que participa, pongamos por caso, en las sesiones de la sociedad ultranacionalista "*Pamjat'*"; allá un monje, que sale con fantasmagóricas acusaciones al catolicismo como "satanismo" camuflado. El más insigne entre esos eclesiásticos era el recientemente fallecido Metropolita de San Petersburgo Joann, un hombre personalmente bueno, ingenuo, insuficientemente formado, que por desgracia estaba siempre dispuesto a dar su nombre a obras nacionalistas redactadas por otras personas. En vista de su muerte yo sólo puedo decir: *requiescat in pace!* Pero los escritos que firmó de modo tan inconsciente serán una tentación para un número cada vez mayor de almas inmaduras.

En conjunto, no parece de ningún modo alto entre nuestros eclesiásticos el número de simpatizantes activos de la extrema derecha. Son sin duda una minoría, pero ciertamente una minoría agresiva. El patriarcado de Moscú no está de su parte (aunque su posición de cara a esas personas quizá no me parezca siempre suficientemente decidida). El Patriarca mismo, gracias a Dios, ha dejado ver varias veces su posición, incompatible con cualquier antisemitismo. Pero esa minoría ultranacionalista del clero es un fenómeno sensacional y, por tanto, particularmente interesante para los medios de comunicación, que le hacen propaganda quizá sin quererlo y ciertamente sin razón. También su vinculación con la non sancta alianza entre KGB y extrema derecha, y en parte incluso con estructuras mafiosas locales, le da algunos privilegios injustificados y la vuelve temible de una manera del todo desproporcionada en consideración de su fuerza real.

Por fortuna hay al mismo tiempo representantes de la Iglesia Ortodoxa Rusa que excluyen de modo tajante todo pacto con el nacionalismo. De estas personalidades se sabe demasiado poco en Occidente. Cuando en enero de 1991 los tanques soviéticos ocuparon por última vez la capital lituana, el Arzobispo ruso ortodoxo de Vilna, llamado Chrysostom, tomó claramente partido contra la ocupación y en favor de los derechos de la nación lituana. Fue también Chrysostom el que al mismo tiempo dispuso un diálogo abierto sobre las influencias de la KGB en la Iglesia (y que asimismo hizo oír hoy su voz contra la guerra de Chechenia). Entonces, en enero de 1991, mi mujer y yo fuimos a Vilna para participar en una manifestación de protesta contra la ocupación, y podemos atestiguar por propia experiencia que el *único* ponente de ese acto al que todos los presentes saludaron *de pie* dos veces, antes y después de su discurso, fue el Arzobispo Chrysostom. Ver a los lituanos que, en esas horas de violentísima lucha con los rusos por su libertad, aplaudían de pie con tanto entusiasmo y respeto a un ruso y con ello a un alto representante de la Iglesia Ortodoxa Rusa, fue una experiencia única. La posición de Chrysostom es especialmente significativa porque los pueblos bálticos representaban para la demagogia nacionalista en Rusia una imagen privilegiada de enemigo, un blanco preferido del odio. Y sin embargo Chrysostom no estaba solo en medio del clero ortodoxo ruso en el Báltico. Yo conozco perso-

nalmente a un joven sacerdote de la Iglesia Ortodoxa Rusa que entonces, en enero de 1991, fungía como párroco en Kaunas, la segunda ciudad más grande de Lituania, y salió al encuentro de los soldados rusos de ocupación para hablarles a la conciencia y prohibirles en nombre de la Iglesia Ortodoxa Rusa toda violencia contra la población lituana. Esto lo puedo contar como testigo ocular. Hasta donde yo sé, muchos otros sacerdotes rusos en Chechenia se declararon contrarios a la guerra y simpatizantes de la población chechena, pero aquí por desgracia me veo obligado a acudir a información de segunda mano.

Ahora bien, los conflictos trágicos agudos en Vilna o en Chechenia pertenecen a las situaciones límite de la existencia humana y también del comportamiento cristiano. Gracias a Dios, la vida humana no está hecha sólo de situaciones límite. Con todo, también en la vida ordinaria se realiza la comprometedora elección entre una posición nacionalista y una cristiano–universalista. Yo quisiera contar algo acerca de una comunidad parroquial de Moscú de la Iglesia Ortodoxa Rusa, cuyo párroco es el sacerdote Georgij Kocetkov —cordialmente detestado por la extrema derecha— y de la que yo mismo soy un indigno miembro laico. Esa parroquia extraordinariamente numerosa, donde cada domingo comulgan centenares de personas, refleja fielmente la situación heterogénea de la sociedad moscovita de hoy: variadísimos grupos socioculturales, generacionales y también étnico–nacionales forman esa comunidad llena de vitalidad. Como un auténtico misionero, el párroco se preocupa sinceramente, por ejemplo, de que los armenios, los tártaros o los judíos que entran como feligreses en la comunidad de la Iglesia Ortodoxa Rusa, sean tratados con pleno respeto, no sólo de su dignidad humana, sino también de su identidad nacional. Es habitual que en todas las parroquias de la Iglesia Ortodoxa Rusa, en la vigilia pascual, el prólogo del evangelio de San Juan ("*En el principio era el Verbo*..." etc.) se lea en varias lenguas, para indicar el carácter universal del mensaje cristiano. Pero normalmente se usan sólo los idiomas antiguos: el eslavo eclesiástico, el griego y el latín, a veces también el hebreo. De los idiomas modernos sólo el ruso. El Padre Kocetkov ha dispuesto que los representantes de los grupos étnicos no rusos presentes en la parroquia lean uno a uno el prólogo de San Juan en su lengua nacional, es decir, también en ucraniano, en tártaro, en georgiano, en armenio. Y también la lengua hebrea se ve, no como una de las llamadas lenguas "muertas" del Antiguo Testamento, sino como símbolo de la viva identidad étnica de los miembros presentes de origen judío.

De cara a los intentos, hoy desgraciadamente frecuentes, de los actuales partidarios rusos de la xenofobia de encontrar para su posición antisemítica una motivación pseudoeclesiástica manipulable, esta disposición del Padre Kocetkov resulta de particular importancia. En cuestiones de diálogo cristiano interconfesional el Padre Kocetkov se muestra sinceramente abierto, y en los casos oportunos, también dispuesto a la *hospitalidad eucarística* interconfesional. En su juventud, cuando todavía estudiaba en la Academia Eclesiástica de Leningrado, sus estudios fueron interrumpidos por una intervención directa de la entonces todopoderosa KGB por su participación en un encuentro y una discusión en un círculo baptista. La estrategia de la construcción de una verdadera vida comunitaria en la parroquia de Kocetkov está fuertemente influida por el pensamiento de un teólogo ortodoxo ruso, eclesiólogo en el exilio, de nombre Nikolaj Afanasev. Fue una de las figuras claves del pensamiento ortodoxo del siglo XX; un sacerdote que, entre otras cosas, tomó parte muy activa como observador en las discusiones del Concilio Vaticano II sobre *la vida común* y *la contribución de los laicos*.

Aunque la parroquia del Padre Kocetkov es violentamente hostilizada por parte de los extremistas de derecha y tampoco goza de ningún particular favor por parte del patriarcado de Moscú, en modo alguno se encuentra sola en el círculo de la actual Iglesia Ortodoxa Rusa. Todo lo contrario: tiene muchos amigos que reconocen incluso públicamente su solidaridad con el Padre Kocetkov. Entre estos amigos está el mejor pintor actual de iconos de Rusia, el Padre Zenon, monje y sacerdote que está al frente de un monasterio y, al mismo tiempo, de una apreciada escuela de iconografía en la ilustre ciudad de Pskov. En 1994 recibió un premio por su actividad pedagógica en el campo artístico y destinó la suma entera a las iniciativas de caridad y pedagógicas de la parroquia del Padre Kocetkov, aunque naturalmente también su escuela claustral tiene duros problemas financieros. La posición del Padre Zenon, como la del abad Ignatij Krëksin, fiel amigo igualmente de la parroquia de Kocetkov, es de particular importancia porque se trata de monjes. Para los fieles rusos, especialmente para los fieles de corte conservador, los sacerdotes que son monjes tienen una autoridad que se considera más alta que la de los párrocos y a veces incluso que la de los obispos. En efecto, un monje puede fungir como *stárets* por su experiencia espiritual, y el Padre Zenon es tal vez un auténtico *stárets*. Yo añado que Zenon muestra también una admirable apertura ecuménica. Ha aceptado, por ejemplo, una invitación a la abadía benedictina de Chevetogne, en Bélgica, para pintar la iglesia del monasterio.

Todas las acusaciones e invectivas de los extremistas de derecha contra el Padre Kocetkov mencionan también a otro párroco de Moscú de nombre

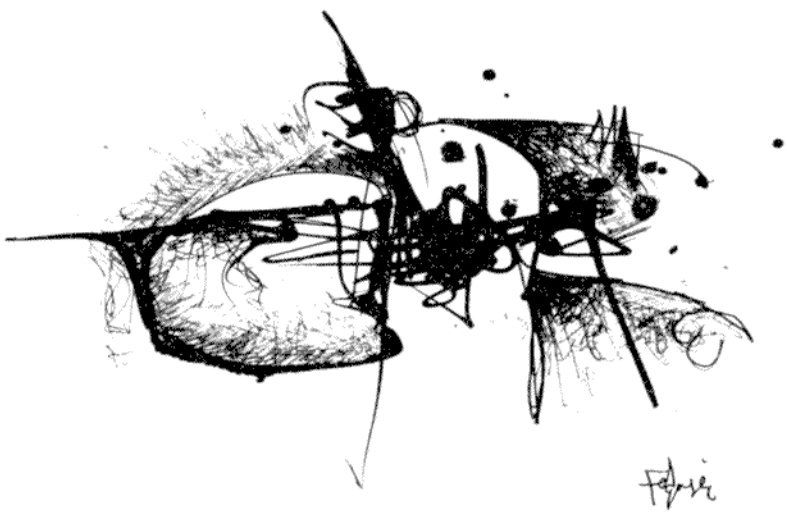
Aleksandr Borisov, que antes había fungido también como miembro democrático del cabildo moscovita y se había dedicado entre otras cosas a la defensa de los derechos de las minorías religiosas de la ciudad de Moscú. A la misma parroquia del Padre Alexander Borisov pertenece también el sabio sacerdote Georgij Cistjakov.

En San Petersburgo está presente la universidad cristiana, en la que trabajan la filóloga que mencioné anteriormente y muchos sacerdotes de notable cultura. La atmósfera de esa universidad es muy "ilustrada", en el mejor sentido de este término, lejana de todo fundamentalismo, confesionalismo y nacionalismo. Yo quisiera mencionar con particular énfasis a dos obispos. Después de todo lo que ha pasado, no es fácil encontrar personalidades verdaderamente fuertes entre nuestros obispos. Con enorme frecuencia están contagiados por un miedo patológico y digno de compasión, y por una incapacidad de tomar decisiones. Justamente por eso los obispos valientes merecen nuestra atención. En primer lugar, el Arzobispo Lev de Novgorod, que mostró su apertura ecuménica de modo valeroso. Si uno lo ve junto con el sacerdote católico de San Petersburgo Evgenij Heinrichs, entiende de modo inmediato y convincente qué significa actualmente ecumenismo. En segundo lugar, el Arzobispo Michajl Mudjugin, que ahora quedó sin diócesis y trabaja como ordinario de la Academia Eclesiástica de San Petersburgo. Es un sacerdote culto, que entre otras cosas habla un admirable alemán y cuida personalmente los contactos ecuménicos con católicos y protestantes. Sobre todo es un hombre valiente, que también reconoce siempre públicamente su solidaridad con la parroquia de Kocetkov.

Si debemos hablar de las tendencias ecuménicas en la Rusia de hoy, estamos obligados, *last not least*, a mencionar también el hecho de que hoy, entre los estudiantes de Moscú y de San Petersburgo, también Taizé es conocido y querido, por experiencia personal o al menos de oídas.

Tal vez se me preguntará por un hombre que pertenece simultáneamente a los ámbitos de la literatura, la política y la religión: Solzenicyn. Pues bien, lo que Solzenicyn ha hecho en el pasado conserva su validez para siempre. Hoy su estrella parece hallarse en el ocaso, pero todas las previsiones en este punto son peligrosas. Personalmente soy de la opinión de que su figura difícilmente va a ser tan importante como ya lo fue alguna vez. Y sin embargo, ahora se comporta con mucha mayor sensatez que inmediatamente después de su regreso. Quizá consigue un contacto auténtico con la demasiado olvidada provincia rusa. Su posición es abiertamente nacionalista, pero se trata de un nacionalismo moderado, incompatible con el imperialismo de tipo stalinista.

## Notas

[1] Se refiere a las elecciones del 17 de diciembre de 1995. Kwasniewski había sido elegido en la segunda vuelta el 19 de noviembre (N. del T.).

[2] Las emanadas por el régimen nacionalsocialista alemán (15 de septiembre de 1935), que privaron a los judíos de la ciudadanía y de los derechos derivados de ella (N. del T.).